

LA TRIPLE MANIFESTACIÓN DE LA DIVINIDAD

Cuando nos aprestamos a conmemorar la Semana Mayor de la Cristiandad, la verdadera naturaleza de Jesús, Cristo y Jesucristo plantea el reto de una muy fundada y profunda reflexión.



Desde la visión de la doctrina de las filiaciones divinas, se ha establecido como el "único bien amado Hijo de Dios," el Unigénito, a cierto personaje que hizo su aparición en Palestina hace más o menos 2100 años, al que se le llamó Jesús o Jesucristo y se le ungió con esos calificativos. Pues esto no es así. Esa sentencia y en la que se encuentra la respuesta a muchas incógnitas que los estudiosos se plantean, encierra a tres Miríficos y Exaltados Seres, perfectamente diferenciados, que obedecen a diferentes tipos de caracterización y de muy diverso grado de Gloria.

Jesús, el hombre perfecto, pertenece a nuestra jerarquía cósmica, la humanidad y se le puede seguir su desenvolvimiento en la Memoria de la Naturaleza, vida tras vida, al igual que a otros iluminados como Zoroastro, Quetzalcóatl, Buda, Apolonio, Mahoma, etc. y de cualquier ser humano, encarnaciones en las que vivió bajo diferentes nombres y su última fue la que nos relatan las Escrituras, la cual culminan con su misión, como la entidad dual Jesucristo, a los treinta y tres años, luego de su ministerio, en el Sacrificio del Gólgota en Jerusalén.

El ego que después se llamaría Jesús, se fue llenando a lo largo de sus varias vidas de pureza, amor y sabiduría y recorrió el camino de la Santidad a través de varias iniciaciones y se fue preparando para el grandioso acontecimiento de constituirse en el receptor del Rayo Crístico en su seno, un honor que ningún hombre ha tenido ni tendrá. Sus padres, María y José, fueron seres de la más enaltecida pureza humana y habían seguido por igual el sendero iniciático. Ese immaculado Espíritu que conocemos por el nombre de Jesús, nuestro Hermano Mayor, fue engendrado bajo un acto de concepción sin mácula, es decir, desligado del ardor carnal o deseo pasional y más bien como un sacramento espiritual en el amor. De resultas de ello, también nació en un cuerpo puro y sin pasiones personales. Este cuerpo era el mejor que podía haberse producido en la Tierra. Esa es, en grandes rasgos, la dilucidación del misterio de la concepción virginal de María, que engendró, en efecto, desde este punto de vista, por obra y gracia del Espíritu Santo o Jehová, dador de los niños, regente de los ángeles y otras huestes celestiales, a Jesús, en esta unión sin pasión immaculada y con el concurso de los dos padres del Nazareno. La immaculada concepción ha tenido lugar muchas veces en el mundo y será de carácter universal en un futuro algo lejano, cuando el acto creador se desprenda de las pasiones lujuriosas y otros lastres y por fin nos hagamos cargo completamente de nuestra propia evolución.

Por otro lado, “es una ley cósmica que ningún ser, por elevado que sea, puede funcionar en cualquier mundo sin tener un vehículo construido con el material de ese mundo”. Por lo tanto, el cuerpo astral o de deseos era el vehículo inferior del grupo de espíritus que habían alcanzado el estado humano en el denominado Período Solar. Cristo era uno de esos espíritus y, por consiguiente, no le era dable construir para Sí Mismo un cuerpo vital y un cuerpo denso. Podía haber trabajado sobre la humanidad con un cuerpo de deseos como lo hicieron sus hermanos más jóvenes, los Arcángeles, que eran los Espíritus de Raza o

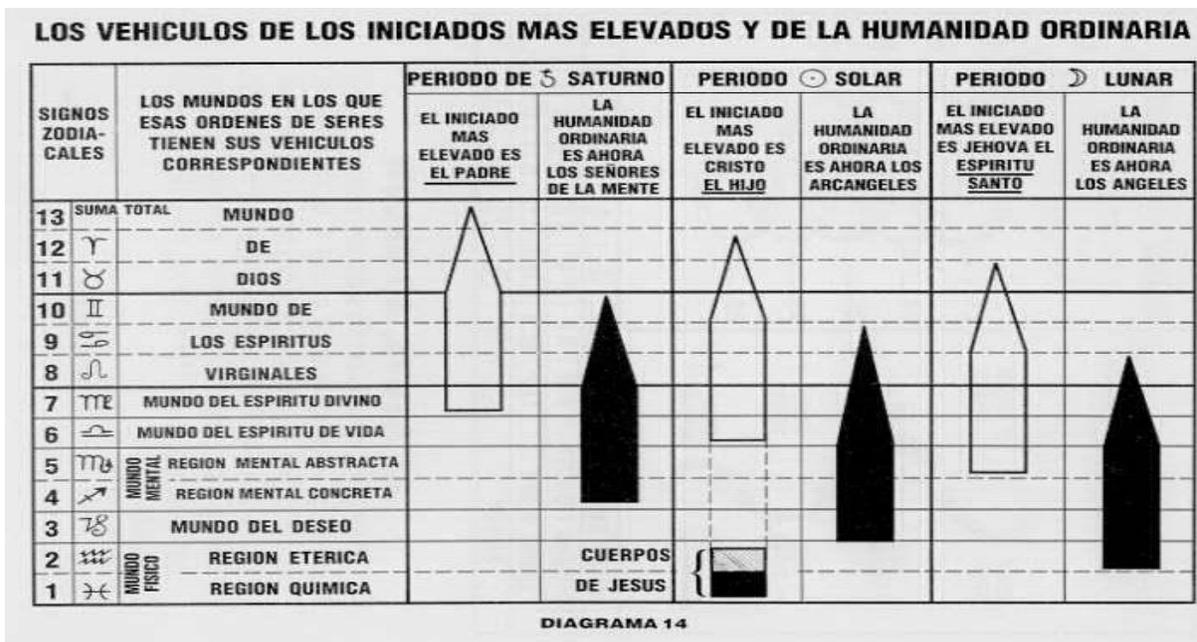
Espíritus Gentílicos y Protectores de las naciones. Se nos enseña que ordinariamente Cristo opera en el Mundo del Espíritu de Vida (Búdico) como Su vehículo inferior, funcionando en aquel mundo tan a gusto como nosotros en el Mundo Denso. El Mundo del Espíritu de Vida es el primer Mundo Unificante universal, donde cesa la diferenciación y se gesta la manifestación de la Unidad. Jehová les había facilitado el camino para que los arcángeles entren en el cuerpo denso por medio del aire que el hombre inhalaba. Todas las religiones de las razas (como el Taoísmo, Budismo, Hinduismo, Judaísmo, etc.) y sus fundadores, eran hijos de Seth y fueron iniciados en los misterios Jehovístico y por ende fueron religiones de ley e hicieron ostensible el pecado por la desobediencia de sus pueblos a esas leyes. Estaban bajo la dirección de Jehová, el más alto iniciado de entre los ángeles, cuyo vehículo inferior es el Espíritu Humano o Mental, que lo correlaciona al Mundo del Pensamiento Abstracto (Manas, palabra sánscrita utilizada en Teosofía para describir este plano o estado) donde todo es separatista y, por lo tanto, encaminado al beneficio propio.

Esta fue, ciertamente, la razón que hizo necesaria la intervención de Cristo, quien vino a abrogar la antigua dispensación y a diseminar el evangelio del Amor. Ya vimos que bajo el régimen de Jehová la unidad era un imposible pues su fundamental misión era la separatista, necesaria en cierta época de desarrollo de la humanidad y para los pueblos en una determinada época y la religión judía y su pueblo fueron un marcado ejemplo. Por lo tanto, Cristo, que poseía como vehículo inferior el unificante Espíritu de Vida, debía entrar en un cuerpo humano denso. Debía aparecer como un hombre entre los hombres, nacer en el pueblo judío como uno de ellos y entrar en aquel cuerpo, porque únicamente desde adentro se puede conquistar la Religión de Raza que influye e interviene en el hombre desde afuera. Y Jesús era el elegido, desde épocas inmemoriales, para ese propósito.

El Cristo utilizó todos sus vehículos propios, pues Él tiene la potestad de construir y actuar en un vehículo tan inferior como el cuerpo de deseos, en el que actúan los arcángeles, pero no podía descender más, por evolución y para manifestarse en la humanidad debía utilizar los cuerpos vital (pránicos) y denso de Jesús, los que éste le confirió amorosamente y con suprema alegría cuando tenía treinta años, empleándolos entonces durante los tres años de Su ministerio. Cristo no podía haber nacido en un cuerpo denso, pues no había experimentado semejante evolución en el denominado Periodo Terrestre. Jesús se había preparado con los esenios conscientemente para este acontecimiento sin par. Sus cuerpos estaban muy bien organizados y su Espíritu de Vida era el más perfecto posible para poder soportar las poderosísimas vibraciones del ingreso de aquel Inmenso Espíritu, el Cristo Solar, como consecuencia de sus prácticas e iniciaciones que le otorgaron el desarrollo y pulimento en sus dos décadas de intensos ejercicios esotéricos durante los llamados “años perdidos de Jesús” por ciertos investigadores y que tanta tinta han hecho rodar. Por lo que el cuerpo inferior del Cristo y el mejor organizado superior de Jesús eran iguales en sus estructuras y vibraban al unísono cuando se produjo la simbiosis mística. De tal suerte que cuando ello ocurrió en el bautismo, la dualidad JESUCRISTO tenía los doce vehículos concatenados desde el Mundo de Dios hasta el Mundo Denso o Físico, hecho singular y único en el Universo que le hacen incomparable en los siete mundos de esta Manifestación. El diagrama 14 que se adjunta enriquece esta brevísima explicación.

Por tanto, Jesucristo es al momento el único Ser en todo el Universo que tiene la potestad de conectarse al mismo tiempo con Dios y con el hombre y erigirse en el mediador entre ellos. De allí la sentencia de que **“nadie viene al Padre si no por mí”** tiene plena validez, pues Él conoce de primera mano las limitaciones y tristezas de la vida humana, al igual que sus alegrías y puede sentir la compasión que nos lleva hacia la redención por medio de Su doctrina, la del Amor.

Por tanto nuestro Dios es Triuno en Su manifestación y El Padre, que es el más Alto Iniciado del Periodo de Saturno, cuya humanidad ordinaria son los Señores de la Mente, Archai o Asuras, Principatus o Principados, es el Primer Aspecto de la Trinidad y se caracteriza por los Aspectos de Voluntad (El Padre); luego el segundo Aspecto, la Sabiduría (El Hijo) y finalmente la Actividad (El Espíritu Santo), aquel Jehová doble en Su intervención, pues impuso en su momento Sus mandamientos desde afuera, obligando a su acatamiento inflexiblemente y mediante prohibiciones de toda naturaleza, según la ley del Talión, del castigo y la recompensa, para convertirse después en el Consolador, para aquel que haya incorporado esas leyes en sí mismo, se haya cristificado, deje de ser constreñido por dichas leyes y por lo tanto esos preceptos dejen entonces de ser necesarios para él, como queda expuesto. Éste es nuestro Dios, el Arquitecto de nuestro Sistema Solar, la fuente y la meta de nuestra existencia que se encuentra en la más elevada división del Séptimo Plano Cósmico.



Hay seis Planos superiores a este Séptimo Plano de Manifestación Cósmica (ver diagrama 6) de organización septenaria igualmente. En el Primero se encuentra el

Ser Supremo, Triple en Su Manifestación también. El Único Hijo o Verbo del que habla San Juan en el Primer capítulo de su Epístola, es el Segundo Aspecto del Ser Supremo o Arquitecto del Universo, de todo lo que es. Éste Hijo **es el único que fue engendrado por Su Padre**, el Primer Aspecto, revelado como Poder; el Hijo se manifiesta en el Cosmos como el Verbo, la Palabra o Fiat Creadora que moldea la Sustancia-Raíz Cósmica primordial. El tercer Aspecto del Espíritu Universal o Ser Supremo se manifiesta como Movimiento y pone en vibración aquella Sustancia-Raíz que se encontraba en un estado primario de inercia, por lo que esta actividad fue previa a la del Verbo. La teoría actual de las Supercuerdas nos hace una evocación desde los confines de la ciencia física contemporánea de estos acontecimientos divinos generadores (Purushca y Prakriti) que crean la sinfonía gloriosa de este Multiverso.

Es casi imposible referirse a estos temas de la Sabiduría Occidental sin aparecer como si se estuviera plagiando al místico Max Heindel y así lo reconoció una de las preferidas alumnas del instructor danés. Ella nos dice, con relación al Cristo Cósmico:

“El Misterio de Cristo es tan sublime y de tal alcance en su importancia que trasciende cualquier definición humana. Sus significados son tan profundos que nunca podrán ser sopesados o expresados en simples palabras; solo pueden ser sentidos en el silencio de la contemplación espiritual. En el CONCEPTO ROSACRUZ DEL COSMOS, Max Heindel indica que:

“En el primer capítulo de San Juan este gran ser es llamado Dios. De este Ser Supremo emanó la Palabra, el Fiat Creador ‘sin el cual no se hace nada’, y esta Palabra es el bien amado Hijo, nacido de su Padre (el Ser Supremo) antes que todos los mundos; pero positivamente NO es Cristo”.

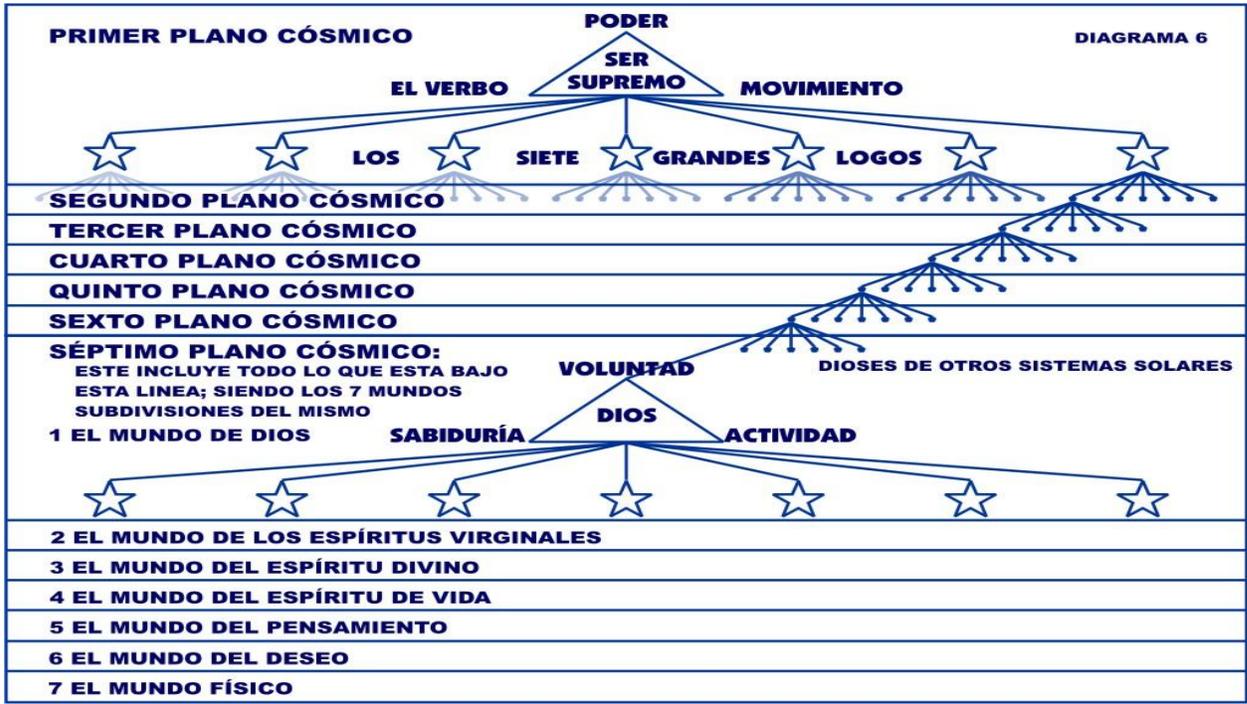
Aquí Max Heindel hace una distinción *con el Cristo Cósmico en sus aspectos planetarios e históricos; y continúa: “Grande y Glorioso como es Cristo,*

elevándose inmensamente sobre la mera naturaleza humana, no es este Exaltado Ser; Ciertamente, 'la Palabra se hizo carne' pero no en el sentido limitado de la carne de un cuerpo, sino la carne de todo lo que es, en éste y en millones de otros sistemas solares”.

Finalmente, recalquemos que nuestro origen y derrotero están conectados al Dios Triuno de nuestro Sistema Solar, a quien debemos nuestra existencia y en quien nos movemos, vivimos y tenemos nuestro ser. Éste a su vez se funde cual expresión amalgamada con otros Seres Gloriosos hasta llegar a la esencialidad del Ser Supremo o Espíritu Universal, la Causa sin causa, que a su vez es inmanente y consustancial con el Absoluto, el Innombrable, que está más allá de toda comprensión. En el diagrama indicado se grafican los siete Planos Cósmicos y, para efectos didácticos y de entendimiento, se ha ampliado el Séptimo Plano y sus siete subdivisiones que son en las que se expresa nuestra existencia presente. Se debe destacar que todos los mundos y planos se interpenetran y no existe, por así decirlo, mundos superiores e inferiores sino estados de densidad decreciente de materia-espíritu que se interrelacionan, compenetran y son manejados por entidades de diferente grado de evolución y exaltación.

Esta breve alocución escrita sobre uno de los más hondos misterios del Cosmos intenta explicar de cuán magnífica manera está diseñada la Creación y cuán sublimemente encaja el hombre en su entramado y al mismo tiempo nos emplaza a mirar con el mayor respeto y amor la obra divina, de la cual somos parte integrante. El camino a recorrer es interminable pero gozoso y vivificador, pues sabemos que la muerte realmente no existe y nuestros aliados y protectores son Seres llenos de gloria y amor infinito por nosotros Sus criaturas. Solamente está

en nuestras manos y en nuestra voluntad y decisión el merecimiento de este destino estelar.



(Cortesía de la Fraternidad Rosacruz de Paraguay)

José Mejía

Abril 01,2012.